

ACE 23

Electronic offprint

Separata electrónica

ROBERTO SEGRE: EL PROFESOR INCONFORME

DANIEL GONZÁLEZ ROMERO Y MARÍA TERESA PÉREZ BOURZAC

Cómo citar este artículo: GONZÁLEZ, D. y PÉREZ, M.T. *Roberto Segre: el profesor inconforme* [en línea] Fecha de consulta: dd-mm-aa. En: ACE: Architecture, City and Environment = Arquitectura, Ciudad y Entorno, 8 (23): 65-76, 2013. DOI: 10.5821/ace.8.23.2602. ISSN: 1886-4805.

ACE

Architecture, City, and Environment
Arquitectura, Ciudad y Entorno

C

ACE 23

Electronic offprint

Separata electrónica

ROBERTO SEGRE: THE NONCONFORMIST PROFESSOR

Key words: Roberto Segre, architecture, Latin American material culture.

Abstract

Write, speak, discuss or argue about Roberto Segre, the person or his work is not an easy but an important task to understand the construction of thought about Latin American material culture. In this conceptual manner he synthesized such a complex phenomenon when referring to architecture and cities, a colorful and multicultural continent, with distinction and a particular identity. However, his broad culture and capability that bordered on erudition drew him into art and social problems of the continent.

ACE

Architecture, City, and Environment

Arquitectura, Ciudad y Entorno

C

ROBERTO SEGRE: EL PROFESOR INCONFORME

GONZÁLEZ ROMERO, Daniel¹
PÉREZ BOURZAC, María Teresa

Remisión inicial: 12-4-2013

Remisión definitiva: 1-7-2013

Palabras clave: Roberto Segre, cultura material latinoamericana.

El afortunado encuentro

Escribir, hablar, comentar o polemizar sobre Roberto Segre, la persona o su obra, es una tarea nada fácil pero si importante para entender la construcción del pensamiento acerca de la cultura material latinoamericana; de esa manera conceptual sintetizaba generalmente un fenómeno tan complejo cuando se refería a la arquitectura y las ciudades, de un continente abigarrado y multicultural, de distinción e identidad particular. Sin embargo, su amplia cultura y capacidad que rayaba en la erudición, le permitió introducirse en el arte y los problemas sociales del continente. Lo cierto es que Segre, como comúnmente le conocíamos, de intensa vida intelectual siempre causó polémica y debate. De recia personalidad y arrebatada presencia, lo fue hasta los últimos días en los que tuvimos la suerte de compartir sus y nuestras ideas y comentarios. Siempre abierto y dispuesto al diálogo, enfático en sus posiciones teóricas, no se tiene duda que con Segre se ha ido una de las personalidades más influyentes del pensamiento progresista, marxista siempre en deconstrucción, del mundo intelectual de nuestro continente y otras latitudes del mundo en las que se reconoció su genio y aportaciones.

Por circunstancias diferentes y en lugares diferentes le conocimos, yo en México y Mayte en Santiago de Cuba. Por mi parte (Daniel) le conocí por los años ochenta y desde entonces tuve la oportunidad de ser su alumno y amigo, no obstante su incesante lejanía territorial envuelta en sus andanzas universales. Mayte lo encontró en una conferencia cuando ella estudiaba Historia del Arte en la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba. Si bien siempre lo tuvimos presente entre nuestros años y días de trabajo académico, animados por los bosquejos de sus ideas y posturas personales, saber de su fallecimiento, lamentable y lamentado por quienes estuvimos de alguna manera cerca de él y de su obra (incluso aún por los muchos que solo lo conocieron por su obra escrita o por momentos entre sus amenas charlas o en las muchas conferencias que impartió por casi toda la geografía del mundo), desataron una cierta necesidad de tomar un tiempo para intentar volver a resumir o recordar, así de simple y complejo, el pensamiento y sentimiento de lo que nos legó, de cerca y de lejos, y atisbar en la

¹ **Daniel González Romero y María Teresa Pérez Bourzac**, son profesores investigadores del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara; miembros del Sistema Nacional de Investigadores-SNI-CONACYT, México.

persona que puede por su valía no desaparecer de la memoria de todos, por la trascendencia de su pensamiento y por su legado intelectual regado por los países de América, la original, no aquel nombre del territorio del que por medio del marketing y la *costumbre* se cuela y trasmite entre los vasos comunicantes de la dependencia, para apropiarse de este; o incluso allí en aquella superficie hacia el norte continental.

En este texto se encontrarán una serie cambiante de anotaciones, ya que ambos llevamos un contacto y amistad en tiempos diferentes con el maestro. Es por eso, por la fortuna de habernos contado entre sus amigos, que este trabajo se articula de forma coloquial, para darle el matiz de lo personal y lo libre del ser que ahora añoramos. Si cabe aquí, además, recordar con cariño a Lourdes Martí y Conchita Pedroza, a sus hijos, a quienes yo (Daniel) conocí pequeños en Cuba, personas quienes formaron parte de su irradiada y fragorosa vida.

A Roberto lo vimos, y charlamos largamente, por última vez, en Río de Janeiro en el mes de octubre pasado (2012). Conversamos con él durante la celebración del VIII Congreso Internacional Ciudad y Territorio Virtual, en el que nos brindó una brillante conferencia magistral plena de conocimientos y salpicada de anécdotas, esas que acumuló durante su prolífica vida intelectual. Paseamos por Río de Janeiro y cenamos y charlamos largamente -tratándose de la arquitectura y ciudades no se podía hacer de otra forma con el- en el famoso restaurant La Chica de Ipanema. También recorrimos las calles de la ciudad, especialmente las que se sitúan a lo largo de la playa de Ipanema y las del barrio de Leblon; allí en este último lugar otro día comimos una pizza y algunas cervezas. Nos contó de su último viaje a Europa, de los edificios de la ciudad y de los libros en los que estaba trabajando sobre la arquitectura de Río; de lo que pensaba y había escrito sobre Oscar Niemeyer y de su relación con este personaje, de su casa en Niteroi. Crítico abierto, como siempre, hablamos de su vida académica en la Universidad Federal de Río de Janeiro, a la que agradecía el cobijo que le dieron.

En lo personal (Daniel), me unía a Segre una amistad que fue una suma de afectos y discusiones, pero que siempre fueron una semilla derramada para cultivar convicciones y tareas intelectuales. En mi caso y en el de Mayte, su amistad fue siempre un aliento para seguir estudiando los complejos procesos de las ciudades y de la arquitectura; de las transformaciones que desde el imaginario particular de la modernidad, transferida a nuestros contextos latinoamericanos, han configurado los paisajes urbanos y ambientales de la realidad presente que día a día cobra sus facturas.

Lo conocí (Daniel) a través del maestro Rafael López Rangel y estreché su amistad durante su estancia en Guadalajara (México), y luego cuando participé en octubre de 1988 en la presentación del libro *La Ciudad: concepto y obra* (1987), producto de un coloquio previamente realizado que coordinó el maestro Jorge Alberto Manrique, por entonces director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante, UNAM), institución que junto con el Instituto Nacional de Bellas Artes (en adelante, INBA) organizó el acto. Asistí a invitación del propio Segre, del que me tocó en suerte resumir y comentar su trabajo; para lo cual fui recomendado por López Rangel, a quien he considerado en mi formación como mi otro maestro.

La experiencia de esta convivencia intelectual y las personalidades que se reunieron entonces fue un acontecimiento que marcó una ruta en mi carrera. Se reunieron en esa vez: Xavier

Rubert de Ventos, Sonia Lombardo de Ruiz, Elisa García Barragán, George Kubler, Corrado Maltese, Carlos Monsivais y Oscar Olea, además de López Rangel y Segre, entre otros importantes estudiosos, quienes transitaron por una intensa discusión sobre el tema. Segre -no faltaba más- animó la discusión con su postura marxista-latinoamericanista, por aquellos años estrechamente vinculado con los procesos de la revolución cubana y los movimientos reivindicativos del continente.

Fue así, que ese momento se convirtió en un aliento para confirmar orientaciones y reciclar la jornada hacia mi formación académica y científica, ya que allí, y en el intercambio de enfoques ideológico-académicos con Segre y López Rangel, encontré el refresco para la resaca de mi paso por la Facultad de Arquitectura, cuyo énfasis conservadurista, de oculto y nebuloso, recalitrante, espectro católico atribuido a su fundador, en la universidad en la que estudié, me había convertido en una especie de germen dañino para las aspiraciones de lo que significaba ser arquitecto y dedicarse a cultivar el pensamiento crítico sobre la arquitectura y sus autores; condición que ha permanecido hasta años recientes, ante los reactivados residuos conservaduristas, que eluden las contradicciones manifestadas por el sistema neoliberal, su impacto, dominante y vigente en las economías del mundo.

Pero especialmente tuvimos la suerte de su amistad y gozar de largas conversaciones, de escuchar sus alegatos conceptuales, en Cuba y otras ciudades del planeta, que fueron incluyendo sus sacudidas teóricas de la historia arquitectónica y urbana de América Latina, de sus críticas al capitalismo y de sus clases en la Facultad de Arquitectura del Instituto Superior Politécnico *José Antonio Echeverría* (en adelante, ISPJAE), institución de la que fue distinguido profesor. Tuve (Daniel) también la suerte de compartir con él gracias y desgracias de la vida intelectual y personal tanto en su casa en El Vedado, como en restaurantes, bares y sitios de La Habana; lo mismo en México y otros países donde pudimos encontrarnos. Durante una visita a Cuba acompañando al licenciado Raúl Padilla, ex-rector de la Universidad de Guadalajara, por entonces Director de Investigación Científica y Superación Académica de dicha universidad, en la que yo fungía como Secretario, compartimos una amplia reunión con Segre, lo que se convirtió después en una importante y amplia cercanía académica con aquel país.

Mayte lo conoció en su ciudad, Santiago de Cuba, durante la celebración de un congreso de Arquitectura en el marco de la presentación de su libro *Arquitectura y Urbanismo de la revolución cubana*. Después de la charla (Mayte), lo encontré y pudimos dialogar acerca del contenido de su publicación y de la importancia de su trabajo, ya que no había hasta entonces ningún texto que tratara de las obras arquitectónicas y urbanísticas resultado del trabajo de la revolución, pues como él explicó los textos con los que se enseñaba en Cuba era de épocas pasadas y de rancia postura conservadora, como eran el de Banister Fletcher y Joaquín Weiss o retraducir los contenidos de los libros de Bruno Zevi, Carlo Gulio Argan y L. Benévolo. Como él había estado en México donde conoció a Daniel, quien habló con él sobre mi persona, tuvo a bien dedicarme su libro en el que anotó una dedicatoria en la que se podía leer “A Mayte, intensamente recordada en tierras mexicanas”.

Fue éste un primer encuentro que prosiguió con el detalle de haberle acompañado para asistir a la conferencia que el dictó en la Biblioteca Elvira Cape de la ciudad, sobre la arquitectura y las transformaciones urbanísticas de Roma y París de los últimos años.

En posteriores momentos tuvimos la suerte de hablar con él y degustar de sus pláticas y versiones intelectuales, lo mismo de pasear y charlar amenamente, pues era un gran charlista, pródigo en conocimiento y, contrario a su expresión seria y dura externa de su carácter, sustentaba sus comentarios y críticas con irónicas, ingeniosas y agudas versiones y anécdotas, tanto suyas -como cualidad escondida le gustaba a veces reírse de sí mismo- como de otros personajes que había conocido y con los que había convivido.

Durante los años de su estancia en Cuba tuvo una sensible cercanía con los miembros del poder político e intelectual, durante su etapa revolucionaria más encumbrada. Entre otros con Raúl Castro y con Fidel Castro, a quien entregó y dedicó parte de su obra; con Ernesto "Che" Guevara, Iván Espín, Osmany Cienfuegos, Ricardo Porro, Eusebio Leal, entre otros; además de personalidades como Armando Hart y Fernando Salinas, su gran amigo (con quienes una vez gozamos de su amena charla durante una cena en casa de Hart). Lo mismo sucedió con artistas del canto nuevo: Pablo Milanés y Silvio Rodríguez. Osmundo Machado y Hugo Consuegra tuvieron que ver con su tarea inicial al ver el método y contenido que utilizaban para enseñar. Tuvo cercanía y colaboró con la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, donde se relacionó con artistas cubanos contemporáneos y con quien luego fue su compañera hasta sus últimos días, Conchita Pedroza.

Ese interesante y lúdico personaje latinoamericano

Roberto Segre Prando nació en Milán (Italia), el 14 de octubre de 1934, y murió en Niterói, Río de Janeiro (Brasil), el 10 de marzo del 2013. Argentino por adopción, rastro que nunca perdió, Segre estuvo siempre comprometido con la realidad social que le incluía y con el estudio y la manifestación clara de los problemas y la lucha por resolverlos. Durante los cursos dictados en la Escuela de Arquitectura y los talleres de Autogobierno de la UNAM, en 1977, y durante su estancia como profesor huésped en la Universidad de Guadalajara (lo que gestionamos y nos empeñamos que sucediera), expuso algunas bases conceptuales e ideas que soportaban la tesis que se convirtió, desde aquel momento, en nutriente particular de las materias de historia y teoría de la arquitectura, enmarcadas en un marxismo-progresismo de diversos matices y contextos. Tal fue el impacto que acusaron sus clases durante su estancia en Guadalajara, que los estudiantes le solicitaron y a lo que accedió ser padrino y llevar el nombre de Generación Roberto Segre como distintivo.

Como todo ser lleno de proyecciones y actividades intelectuales, fue un individuo que siempre causaba polémica y discusión, no solo acerca de lo que planteaba sino también por su carácter y personalidad. Como ser humano tuvo sus fobias y sus devociones, pero entre todo ese cúmulo de distintivos sumados en una sola persona, Segre era y fue un gran amigo, creía en la amistad como un vínculo trascendente. Quizá su continuo andar por el mundo entre los vaivenes de sus cambios de sede, entre las distancias y el tiempo, visitas temporales a países y lugares, instituciones y amistades, le llevó a hacer de la amistad una guía singular de su vida.

En la obra e ideas de Segre abrevamos en lo particular esa condición intelectual que creemos haber conservado. Ser inconformes y escharbar en el fértil campo de las culturas, unidas y variadas de nuestros países, como uno de los legados imprescindibles de la memoria, que fue

el germen de su fidelidad con la tierra y los lugares que alimentan los momentos y etapas de la construcción cultural que nos identifica como una comunidad concreta en el ámbito mundial.

Decir que Segre fue un intelectual es algo simple y a la vez complejo -como lo fue-, que nos remite especialmente a la historia de la arquitectura, sus procesos históricos, como también a los acontecimientos políticos e ideológicos que avivaron la segunda mitad del siglo XX, especialmente los tiempos modernos y contemporáneos, siempre bajo una perspectiva profundamente crítica y marcadamente ubicada en el continente latinoamericano. A él (entre otros con los que en ocasiones pudimos intercambiar ideas) corresponde sin duda el ser pionero y sembrador de inquietudes en este extenso campo.

Para Roberto Segre la inconformidad era su alimento, estado particular con el que se convertía en Roberto Segre, el maestro y amigo que compartía sus disquisiciones y sus fraguas intelectuales. Tal postura le significaba una lucha constante por dejar la huella de las capacidades creativas de la humanidad y de las personas. Tal y como siempre discutimos y asumimos, el trazado de sus y nuestras ideas -contrastadas por su sano fervor latinomericano- nos llevaron a quienes recorreremos las veredas del conocimiento de las urbes y edificaciones, a reconocer el espíritu de sus aportaciones. Su obra ha impreso una huella indeleble en el análisis de las contradicciones del sistema capitalista y del espectro del orden-desorden de los regímenes que han construido una realidad materializada; así como de quienes han gestionado y puesto en forma, a los autores, de la realidad social y funcional de las *estructuras ambientales* conformadas; de las obras de arquitectura y de la construcción de las ciudades; del arte de su tiempo, que simbolizaba el pensamiento creador sustantivo.

Entre sus legados encontramos lo que él y Fernando Salinas (a quien lo unió una gran amistad) nos entregaron, como fue la conceptualización clave e innovadora, con categoría conceptual para el análisis que denominaron las *estructuras ambientales*. Dirigida especialmente hacia todo lo que ejemplificaba la producción de la cultura material: la ciudad y la arquitectura, quizás al revés, primero la arquitectura y anexa en todo los demás aquello que configuraba la construcción y transformación continua del hábitat de nuestro continente. Su tesonera forma de estudiar, de conocer y comunicar lo que sabía, su prolífica obra plasmada en cientos de artículos, libros y conferencias, en sus clases universitarias, constituía su aliciente esencial para seguir adelante con la tesonera producción de sus trabajos. Su avidez por trasladar sus extensos y eruditos conocimientos del arte, la arquitectura y la ciudad, fueron sus grandes retos.

En el contenido del libro *Las Estructuras Ambientales de América Latina*, Segre profundizó en los problemas urbano-ambientales del continente y en la configuración moderna de las urbes, sus vaivenes históricos y las influencias exógenas que impactaban en su producción. En este texto hace alusión precisa a la relación resultante de las políticas públicas y a las acciones que fueron causa y esquema territorial de una urbanización extensiva, irregular, informal, y del caos urbano que se origina en las tendencias tecnocráticas del pragmatismo oficial y privado de la planeación urbanística y de las arquitecturas emblemáticas, que reproducen y contradicen a la ciudad tradicional mediante la construcción de nuevas centralidades, desde lo cual implantó una posición teórica sobre este fenómeno que consideraba adecuada para el estudio de las grandes ciudades latinoamericanas en su trayecto hacia la metropolización.

En ese libro trascendente y de actualidad reconocida, se pretenda o no, descubrió en las contradicciones vinculadas campo-ciudad y los desajustes regionales e interregionales, en la migración masiva que ocupaba el suelo de la ciudad funcional, en la pobreza acumulada espacialmente, en la precariedad de los habitantes del sector rural y en las condiciones de la producción y los trabajadores urbanos, algunas de las causas de los desequilibrios más agudos de la realidad de muchos países. Pasó revista, en su avezada crítica, a la realidad dependiente de los estados latinoamericanos cuyas insuficiencias crónicas y acumuladas no lograban establecer las respuestas necesarias para resolver las tendencias históricas que les afectan. Por esa vía propone la necesidad de modificar los modelos tradicionales de hacer ciudad, del uso de las tecnologías obsoletas y acercar las adecuadas a su contexto y realidad, y pone énfasis en la participación de las comunidades para alentar los procesos democratizadores.

Con referencia a México, apuntó los problemas de la vivienda y alineó su crítica a la entonces reciente Ley General de Asentamientos Humanos y al Programa Nacional de Planeación Urbana correspondiente, que la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas estableció como modelo. Desde este tema asoma su estudio al modo de producción y los signos del poder confabulados que se encuentran en estos procesos, resumidos en el sistema de cambio y valor social, encadenados desde la construcción de las arquitecturas emblemáticas y los planes urbanos, a la espacialidad zonificada, y a la reproducción de medios y programas culturales que se comprenden en la estructura semiótica de lo social. En este libro suma su calidad intelectual como arquitecto, urbanista, sociólogo y pensador de la economía, lo que practicó ávidamente en su etapa argentina, donde convivió su cualidad de profesor en arquitectura y su trabajo en la bolsa de valores.

Lo cierto es que Segre nos dio, en esta obra, una vía iniciática y herramientas conceptuales para estudiar desde la perspectiva propia la realidad urbana y arquitectónica particulares, con el evidente objetivo de tratar de encontrar explicaciones en el cultivo de los estudios propios, el horizonte que permitiese clarificar una historia y un destino; lo que fue y es aún proseguido por muchos para buscar y discernir sobre los fenómenos que son terreno intrínseco por analizar y buscar encontrar respuestas, a pesar de la actual presencia de cierta ambigüedad y adosamiento ideológico que deambula entre las aulas y centros universitarios.

Pero entre las tareas que siempre le caracterizaron, en todo lo que hizo y produjo, fue su constante lucha por sustentar y superar la cuestión ideológica, inscrita, oculta o no, en las posiciones críticas urbanas y arquitectónicas, remitidas al marxismo y su ortodoxia, especialmente las estructuras dominantes de la ideología conservadoras y multiplicadoras del *status quo* prevalecientes y trasmitidas en la mayoría de las escuelas de arquitectura en Latinoamérica. Tal argumento lo llevó siempre dentro y fuera de Cuba, lo que le valió descalificaciones y separaciones, contra las que siempre mantuvo una franca disposición al debate. Pero más allá de todo, lo innegable fue su marcada influencia en la producción de las frecuencias progresistas o calificadas de izquierda, en el continente latinoamericano y en otros sitios del mundo. Especialmente las dirigidas al discernimiento de la realidad cubana, de Latinoamérica y en los últimos años de la brasileña.

La disposición de una cualidad

Luego de un lustro de participar como profesor en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires, Segre llegó a Cuba en 1963 para seguir lo que en el fondo fue su vocación esencial. De esta forma pasó a convertirse en profesor de Historia de la Arquitectura y el Urbanismo en la Facultad de Arquitectura del Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, en La Habana. Comenzó a dar la clase Historia de la Arquitectura y desde entonces nunca abandonó su andar por esa vía. En 2007 recibió el Doctorado Honoris Causa por el ISPJAE. Se desempeñó como asesor de la UNESCO, institución de la que recibió el encargo de organizar el libro *América Latina en su Arquitectura*, publicado en 1975. La Fundación Guggenheim le otorgó una beca para la investigación y publicación de *Arquitectura Antillana del siglo XX*, editado en 2004. En conjunto, escribió y publicó más de 30 libros y 450 artículos, sobre los temas de arquitectura y urbanismo que fueron su dedicación. Siglo XXI Editores publicó su libro *Las Estructuras Ambientales de América Latina*, México (1977). En 1994 inició su paso como profesor de Postgrado en la Planificación Urbana en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo en Río de Janeiro, en lo que fue su último trayecto.

En 1993, la Facultad de Arquitectura le publicó un trabajo denominado *La Habana: Una Modernidad Atemporal* (La Habana, 1993); en el que expresó que *La Habana es la única ciudad "museo" de la Primera Modernidad en América Latina*, y agregaba *En la mayoría de los centros urbanos del Continente y el Caribe, los años cincuenta abrieron un proceso de transformaciones radicales, asociadas a un período de bonanza económica y de fuerte impulso a las construcciones, tanto del Estado "benefactor" como de la iniciativa privada*. En aquellos días de la revolución triunfante, este ensayo le causó, por su crítica a la producción arquitectónica de Cuba -absurdamente acusado por algunos de *diversionismo ideológico*-, un cierto rechazo a sus argumentos y presencia. Sin embargo la calidad de sus trabajos y el obstinado quehacer depositado en éstos, no fue nunca un obstáculo para que se reconocieran sus aportaciones.

De entre su extensa obra, de la cual afortunadamente tenemos una buena parte, cabe decir, desde la experiencia propia sobre la persona y el profesor Segre, que la obra de la que estaba especialmente orgulloso era el magistral texto *Arquitectura y Urbanismo Modernos: Capitalismo y Socialismo* publicado por la Editorial Arte y Literatura en La Habana en 1988. Todos los que estudiamos arquitectura por aquellos años tuvimos que leer (se suponía al menos en nuestra facultad) el libro de Leonardo Benévolo, *Historia de la Arquitectura Moderna*, publicado por la Editorial Gustavo Gili en Barcelona; traducido del original editado originalmente en italiano por la Editrice Gius, Laterza y Figli en Bari. Para él, esta obra representaba uno de los ejemplos de la manera en que se dirigía y manipulaba el conocimiento de la arquitectura y el urbanismo hacia la conmemorativa reproducción de los hechos materiales y ambientales del capitalismo más pertinaz y conservador. Por tal motivo, su libro, en el que revisó los contenidos de la modernidad arquitectónica en el mundo, sus ejemplos más emblemáticos, le gustaba calificarlo y ostentar que había escrito la opción antitética al libro de Benévolo: el *Malévolo*; que representaba el análisis necesario desde premisas teóricas apoyadas en la vigentes tesis del marxismo, las que permitían construir y sustentar la indispensable versión social que eludían los textos dominantes, para comprender, en aquellos años de los movimientos sociales en curso en América Latina -especialmente lo sucedido en Cuba-, el contexto propio materializado en su propia producción arquitectónica y urbana.

Este texto fue sin duda, al menos en un grupo de docentes e investigadores de nuestro continente, un medio fundamental para revisar y discutir, para intentar construir una versión propia. En el prólogo del texto, Segre anotó lo siguiente: “La confrontación de nuevas ideas con las ya formuladas implica un angustiante desafío. Al escribir una enésima historia de la arquitectura moderna, en esta época de proliferación inusitada de textos sobre esta temática, se corre el riesgo de seguir caminos trillados o reiterar conceptos canonizados por predecesores...” Aquí su tenaz calidad de profesor le lleva a anotar que “... La necesidad de crear un texto formulado a partir de normas pedagógicas, para los estudiantes de arquitectura de las universidades cubanas, constituye la motivación básica... Resultan estériles los patrones universales sobre la validez estética de las realizaciones estudiadas, sin las referencias concretas a la sociedad que las formula, o sea, a las clases sociales usufructuarias y no de espacios y edificios... Pero si esperamos que del uso de este texto surja una polémica positiva, en la cual se diluciden en forma cada vez más explícita los caminos progresistas por los cuales avanza la vanguardia arquitectónica y urbanística de *todos* los mundos, en su intento por satisfacer las necesidades materiales y culturales de la sociedad en su conjunto”.

En uno de los capítulos finales, suscribe lo que fue quizás una de sus premisas conceptuales claves: “La existencia de pensadores preocupados por el bienestar colectivo de la sociedad ha coincidido con las propuestas de modelos físicos de ciudades y pueblos que corresponden a nuevas relaciones sociales y a las hipótesis de progreso de la humanidad... Por ello, el futuro, tanto como el pasado, son parte indisoluble del presente, cuya presionante realidad no puede nunca restringir la perspectiva de cada acto creador, en el proceso de conformación de una cultura nacional. En este sentido, la arquitectura y el urbanismo, por su proyección ambiental, juegan un papel primario en la determinación de un marco de vida positivo o negativo, favorecedor o coaccionante de las potencialidades creadoras o educativas que todo sistema de formas y espacios ejerce sobre los seres humanos”. Segre, el maestro, perseguido en cierta forma por sus disquisiciones progresistas, de un marxismo orientador, que en su proceso evolucionó entre sus andanzas por el mundo, siempre llevó en sus afanes, escondido entre su alegre contrariado e insatisfecho vivir, entre la realidad de la sociedad y la vida propia, el gusto por el conocimiento y su difusión; llevarlo hacia otros para su distribución social, trasladar especialmente el conocimiento que generaba con dedicación a los estudiantes de todo nivel y especialidad, a arquitectos y urbanistas, a funcionarios y políticos, evitando los esquematismos facilistas y la ambigüedad ideológica.

En la Universidad de Guadalajara, luego de una estancia de tres meses, durante la cual dictó un curso sobre los procesos del continente, nos permitió la publicación de un libro en octubre de 1981 que contiene algunos de sus ensayos. Se publicó bajo el título de *Arquitectura, Historia y Revolución*. Remarcó constantemente en aquellos días, dada la rígida postura conservadora de los profesores, en las lecciones dictadas, la imprescindible necesidad de alejarse de dogmatismos y modelos esquemáticos reduccionistas con los se enseñaba en nuestras aulas. En ese tiempo nos tocó colaborar con él en una investigación, lo que me permitió (Daniel), a solicitud del maestro Segre, escribir el prólogo, en el que intentamos expresar lo que en el fondo nos dejó en tan importante momento. Por el impacto que recibimos, los estudiantes y profesores de la Facultad, en el tiempo transcurrido y la huella que dejó -por lo que representa escribir ahora sobre el maestro Roberto Segre-, me permito reproducir alguno de los contenidos de aquel prólogo, que revivimos ahora como ese contenido y ser permanente de las ideas que nos ha legado.

“Autor conocido, hombre de su tiempo, personaje de la historia, nos enseña aquí con un sentido cronológico, una muestra retrospectiva y presente de la dialéctica histórica del hombre, de la producción material y arquitectónica de Cuba; nos deja ver, al mismo tiempo, un escritor que está al tanto y participa del engranaje y el espectáculo humano de su momento; que se involucra, estudia, escarba entre y nos revela las vivencias celulares, hirvientes, de la forma material y la estética que recorren el espacio antillano, sus influencias y dependencias históricas; a las que se ha visto sometido por influencia o violación. La lucha cotidiana y la narrativa que se ha escurrido entre la materialidad de las formas y espacios, de sus llenos y vacíos, convierte su esencia en una envolvente real y maravillosa -recordando a Carpentier- de la arquitectura de Cuba”.

Esta unívoca manera de ser productor intelectual y maestro, profesor siempre inusitado y complejo, fue el compromiso del extenso legado de Segre al mundo.

Durante el otorgamiento del Doctorado Honoris Causa a Roberto Segre (ver Figura 1), su colaboradora y muy estimada amiga Eliana Cárdenas, profesora con quien compartió parte de sus interesantes trabajos, pronunció un sentido discurso en el que expresó: “Si diversas circunstancias lo llevan de Italia a Argentina, a Cuba, a Brasil..., es a nuestro país al que le cabe el orgullo de ver crecer a Segre para convertirse en el historiador y crítico de arquitectura que es hoy, reconocido como uno de los más notables de América Latina y de vasta repercusión internacional. Es en las condiciones de Cuba, unidas a su disciplina de trabajo, y con el incentivo de la actividad docente, cuando incursiona en nuevos temas, para abarcar cada vez una mayor diversidad de campos de investigación, temporal y geográficamente, y profundizar o aportar nuevos puntos de vista acerca de cuestiones ya tratadas”.

Figura 1. Honoris Causa DR. Arq Roberto Segre



De su producción ya cotidiana llega luego *Las estructuras ambientales en América Latina*; y posteriormente, junto al mexicano López Rangel *Ambiente y sociedad en América Latina contemporánea*, que es seguido por los más recientes publicados en Cuba *América Latina, fin de milenio y Arquitectura antillana del siglo XX*. A estos se suman *Habitat Latino Americano. Fogo e sombra, opulência e precariedade* y *Tres décadas de reflexiones sobre el hábitat latinoamericano*, además de otros dedicados a la arquitectura en Brasil. Todos ellos muestran el proceso de profundización en la problemática al sur del Río Grande -y como algo inédito, la visión integral del universo antillano- con una óptica apropiada, sin desconocer los valores de las diferentes influencias a lo largo de nuestra historia, que abarca de la etapa fundacional a las raíces de la arquitectura moderna latinoamericana, desde el siglo XIX hasta la problemática actual; y ello constituye uno de los aportes más significativos de Segre a la historiografía de la región.

Su desempeño durante más de seis lustros como formador de varias generaciones de profesionales, en sus clases en Arquitectura e Historia del Arte, ha sido sin duda sobresaliente. Con sus dotes de orador y dominio del auditorio, y su particular sentido del humor, se ha caracterizado por estimular constantemente una visión crítica en los asistentes y ha contribuido a modelar la formación de docentes que imparten las asignaturas de historia. En esa misma ocasión Segre, pronuncio otro discurso en el que manifestó:

“...Todo reconocimiento es fruto de un trabajo serio, persistente, sacrificado, realizado con el objetivo de contribuir al avance y desarrollo de la sociedad humana. Cabe destacar que no se trabaja con el objetivo de alcanzar premios y reconocimientos, ni tampoco todo trabajo es siempre socialmente valorizado. Por ejemplo, las tareas manuales nunca resultaron particularmente significativas si pensamos en la explotación durante siglos, en diferentes sistemas sociales, de la mano de obra de las clases menos favorecidas económicamente. De allí que Bertold Brecht se preguntase si alguna vez fueron reconocidos por su esfuerzo los constructores de pirámides, palacios y castillos. A través de la historia, poco se habló de ellos, después de las elogiadas duras faenas de Hércules. Tuvo que llegar el sistema socialista para producir un cambio de esta valoración. El punto de partida fue dado por el ejemplo de Stajánov, inventor del trabajo voluntario y héroe de la URSS, quién sirvió de modelo a todo el mundo socialista y así lograr que el esfuerzo físico, manual y productivo mereciera honores y medallas.

Mayor importancia se atribuyó al esfuerzo lúdico de los deportistas, quienes a partir de las lejanas olimpiadas en Grecia, fueron los que hasta hoy recibieron persistentemente un difundido reconocimiento mundial y acumulado infinitas copas, medallas, insignias, gallardetes y honras espirituales y económicas. No tuvo igual suerte el trabajo intelectual, más allá de los aportes de músicos, artistas plásticos, literatos y poetas, galardonados con las tradicionales coronas de laureles. Porque no fue fácil la valoración social de quienes en su producción intelectual se propusieron cambiar y transformar el mundo, y apoyar innovaciones radicales que cuestionaban el orden imperante. Galileo Galilei, quien seguramente hubiese merecido un título de Doctor Honoris Causa por la trascendencia de sus aportes científicos, fue obligado a retractarse ante la Iglesia; y esta misma institución quemó en la hoguera a Gerolamo Savonarola y a Giordano Bruno por cuestionar dogmas obsoletos e inamovibles. También fue condenado a la horca en el siglo XV, el literato inglés quién dedicó su vida a traducir la Biblia para su uso popular, en un momento en que era prohibido hacerlo.

A su vez, también la Academia se preocupó por reconocer el aporte de profesores e investigadores que abrieron nuevos caminos al conocimiento social, y con su trabajo no sólo lograron la transmisión del saber, sino lo más importante, se dedicaron a formar las nuevas generaciones. Me siento parte de este proceso, y no sólo me emociona recibir este reconocimiento por ello, sino también de seguir en pie de lucha, sin nunca renunciar a mis principios éticos, morales y culturales, desde que hace exactamente cincuenta años impartí mi primera clase en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo en la Universidad de Buenos Aires. Pero no ha sido un camino fácil ni llano. En primer lugar, vencer las dificultades para no desviarse de una vocación por la historia de la arquitectura que ha sido el eje rector de mi vida. En segundo lugar, asumir siempre una actitud combativa, no sólo ante las adversidades de la vida real, sino también en la lucha ideológica, en la defensa de los valores estéticos, sociales y culturales de la arquitectura, con el objetivo de crear, como afirmaba el maestro y compañero Fernando Salinas, *los espacios de hombre pleno...*, mi visión de especialista restringido a la arquitectura se transformó totalmente, gracias al hecho de participar de lleno en esta hazaña, única en América Latina, de construir un mundo nuevo.

Nunca imaginé la historia como un simple relato del pasado, como la recopilación de documentos fríos y estáticos, como un recuento de fechas y monumentos. El integrarme al cuerpo docente de la Facultad de Arquitectura, me permitió superar esta visión, y concebir la historia como un instrumento para transformar el mundo. Porque no hay futuro sin pasado, no hay innovación sin tradición, no hay arquitectura sin cultura. Y esto es lo que, desde hace cincuenta años, he tratado de plasmar en mis investigaciones, libros, ensayos; y principalmente en la educación de los jóvenes, en la formación de los futuros arquitectos cubanos.

Pero a la vez, otro aporte recibido del proceso revolucionario fue no concebir el trabajo como una acción individual aislada, sino desarrollada en equipo, tanto con los colegas como con los jóvenes que se integraron en los grupos de investigación. Nada de lo que he realizado en mi vida hubiese sido posible sin la colaboración, la ayuda solidaria, la participación de todos aquellos que creyeron en el valor de mi cruzada arquitectónica y urbanística, para descubrir y revelar la significación de la herencia construida, del acervo urbanístico de esta bella Habana y de todas las ciudades de la Isla, y del aporte de los compañeros arquitectos contemporáneos en busca de soluciones sociales y estéticas para beneficio de la sociedad cubana”.

El recordar al maestro, al lúcido intelectual que luchó desde su excepcional trinchera por clarificar y contextualizar los estudios sobre la arquitectura y el urbanismo, evitar el incienso, el elogio gratuito, su arrojo por abrir el pulso de la polémica, de la discusión trascendente, nos acerca en este recuerdo a los amigos con los que alguna vez coincidimos en la bella isla del Caribe, tanto como en las tareas que nos acercaron en otras actividades, entre otras lo fue la iniciativa que propusimos durante un congreso en Camagüey, para la formación del Consejo Académico Iberoamericano para la protección del Patrimonio Edificado, en el que nos acompañó en varios momentos. Especialmente recordamos ahora junto con la memoria de Segre, a Eliana Cárdenas (†) y a Mario Coyula Cowley, Abel Prieto, Raúl González Romero (a quien conocí primero en Varsovia en el vestíbulo de ingreso del hotel Victoria), Ángela Rojas, Ada Portero, Yasser Farrés, Isabel Rigol, Juan García Prieto, Carlos Noyola, Juan Molina y Vedia, Andrés Garrudo, Pilar Fernández, Roberto Gottardi, Paolo Gasparini.

Genio y figura, Roberto Segre cultivó a las personas dando y recibiendo el valor de los individuos y de sus ideas. Fue y es, sin duda, uno de intelectuales más influyentes en América Latina, guía para muchos de los estudios que se han producido y se generan hoy sobre este continente y sus lugares; hombre cuyos conocimientos esparcidos a lo largo y ancho del mundo nos refieren a la arquitectura y el urbanismo, el arte y la condición ambiental de ciudades y espacialidades particulares, totalidades emblemáticas e identidad de la sociedad concreta que les construye. Personaje y personalidad que dejó una prolífica siembra en la cual cultivar y cosechar ideas y construcciones espacio-temporales acerca de nosotros y de los otros. Su principio y germen sigue y seguirá floreciendo sin duda, vive y persiste por doquier como un indispensable nutriente para continuar y establecer la crítica a un presente cargado de nuevas-otras contradicciones, a los que desde su lugar actual nos mantiene recordando su persona amiga y su ejemplo.

Roberto Segre fue y es la memoria, continua y actuante, del debate, del estudio objetivo de la realidad de una profesión, que se conmueve en continuamente con los símbolos de la cultura material edificada y ambiental de una sociedad continental latinoamericana, con todos sus matices, entre pobreza y riqueza. Roberto Segre representa y se significa especialmente la búsqueda de la utopía para encontrar la igualdad y el bienestar de la humanidad entre las contradictorias espacialidades de todas las comunidades que luchan por un futuro mejor.

Figura 2. Foto de Daniel González y su familia con Roberto Segre

